



AL SUR DE NINGUNA PARTE

JORDI SIERRA I FABRA

edebé

JORDI SIERRA I FABRA

AL SUR DE NINGUNA PARTE



edebé

© Jordi Sierra i Fabra, 2014

www.sierraifabra.com

© Edición: EDEBÉ, 2014

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebe.net

Directora de la colección: Reina Duarte

Editora: Elena Valencia

ISBN 978-84-683-0949-1

Depósito Legal: B-2014

Impreso en España

Printed in Spain

EGS - Rosario 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

1

El río.

Siempre él.

No solo lo tenía presente porque lo veía cada día, porque estaba ahí, envolviéndonos, tan vivo como el aire que respirábamos, tan constante en su fluir como lo eran los latidos de nuestros corazones. También lo tenía presente porque mi abuelo lo llevaba en la sangre, en la memoria, en el fondo de sus ojos secos.

Mi abuelo me hablaba del río y al hacerlo sentía el murmullo del agua en su voz y veía los peces nadando entre sus manos.

Mi abuelo también era un río.

Un río humano, tan lleno de riquezas.

—Fíjate qué sabia es la naturaleza, Fabio. Nos da justo lo que necesitamos. La tierra en la que habitar y de la que comer, el aire que respiramos, el agua que es la vida. No necesitamos más. Todo lo demás son ataduras que nos hacemos a nosotros mismos, y cuantas más ataduras, menos libres somos. Sin duda hay otros mundos, otras tierras, pero nosotros tenemos esta, y es nuestra. ¿Sabes lo que representa esta riqueza?

Nosotros.

Vivimos en Balandú, en el último pueblo río arriba. Más allá ya no hay nada, solo las montañas, altas, casi inexpugnables. Una inmensa cordillera que inunda un mundo desconocido, de cientos de kilómetros cuadrados que se extienden hasta el mar. A ese horizonte ignoto lo llamamos, lo llaman, Ninguna Parte, así que Balandú, Tierra de Paz, está al sur de Ninguna Parte.

Balandú no llega a las quinientas personas. Hay pocas casas, y están repartidas en la parte inferior de la gran curva del río, entre los árboles. Si fuera pájaro apenas vería sus techos. Más allá, la selva cerrada forma un manto con los calveros de las plantaciones salpicándola hasta unos cientos de metros del pueblo. A la derecha del río, subiendo por su corriente, solo puede llegarse hasta la isla, los rápidos y la catarata donde murió mi padre. Luego, ya es imposible avanzar, tanto por la tierra abrupta como porque el río se convierte en un grito, una salvaje muestra del poder de la naturaleza. Por la izquierda sí: fluye apacible y navegable hasta la ciudad y el mar.

La ciudad y el mar.

La ciudad está a cuatro días en barco. Bueno, tres de bajada y uno más si es de subida. No hay otra forma de llegar a ella. No hay carreteras ni caminos. Cada semana oímos la sirena del barco anunciando su llegada y sabemos que nuestro único puente con la civilización está ahí. Tenemos nuestras barcas, pero hacer el trayecto en ellas supone demasiado riesgo, porque de noche hay que acercarse a la orilla para dormir y los peligros de la selva acechan. El río

es el cordón umbilical por el que nos alimentamos de noticias o cosas de las que carecemos. El barco trae cartas y se lleva sueños. A veces regresa alguien que se fue, y a veces se va alguien que no volverá, aunque el abuelo dice que todos pertenecemos al lugar donde nacemos, porque esa huella jamás se borra.

Es como tratar de huir de tu sombra.

En aquellos días, cuando yo era niño y no había lanchas rápidas, el barco llegaba siempre más o menos puntual a lo largo del día que le tocaba hacerlo, unas veces por la mañana y otras por la tarde, nunca después de haber oscurecido. Tampoco es que fuera un barco como los del mar. Más bien se trataba de un paquebote, con su única chimenea echando humo. Algunos lo llamaban lanchón. Traía a la poca gente que iba o venía de la ciudad y transportaba las mercancías que necesitábamos antes de llevarse las nuestras para ser vendidas en el mercado. La nevera de la señora Nora, el silloncito del señor Abel, las cajas de bebidas para el bar de Guzmán...

Y mis libros.

Siempre mis libros.

El oficial Gonzalo se llevaba los leídos y el abuelo escogía los nuevos, o recibía los que había pedido explícitamente.

—¿Todavía no has encontrado *La isla del tesoro*?

—Aún no, señor Poncio, y está pedido.

—¿Cómo puede ser que tarde tanto? Ese libro debería estar en todas partes.

—Le conseguí *Sandokán*, que también es de piratas.

Al oficial Gonzalo se le congelaba rápidamente la sonrisa.

—¿Piratas? ¡Maldita sea, hombre! —exclamaba el abuelo—. ¿Qué tendrán que ver los piratas del Caribe con los de los Mares del Sur?

—Si son piratas...

—¡Pero no son los mismos! ¿A ti dónde te dieron el diploma para ir en un barco, aunque sea fluvial?

Pese a todo, el oficial Gonzalo quería al abuelo.

Se reía con él y sus ocurrencias, por serias que fuesen.

Todo el mundo quería al abuelo.

A él le daba igual que yo supiera de números, pero leer... Ahí era implacable. Cada vez que terminaba un libro, lo discutíamos, porque resultaba que los había leído todos, y los recordaba todos. Yo miraba su cabeza y me preguntaba dónde podía guardar tantos recuerdos, tantos nombres. La memoria del abuelo era como un libro de historia, o un diccionario.

Sin embargo, yo no me quejaba. Los libros siempre eran buenos porque el abuelo los escogía muy bien. Me llevaban a lugares fantásticos que jamás iba a conocer, y me enseñaban cosas que de otra forma nunca habría aprendido. Me excitaban la imaginación. Conocía a muchachas bellísimas, a héroes formidables, descubría razas, costumbres, palabras. Me gustaban todos y de todos los géneros, aunque prefería los de aventuras. Mi favorito, aunque también me irritaba a veces, era aquel señor francés llamado Julio Verne. Digo que me irritaba porque de vez en cuando se ponía a dar datos insoportables, que si tal latitud, que si tal longitud...

Yo esas partes me las saltaba. Una isla es una isla, esté donde esté. ¿Qué más me daba que estuviera a la derecha o la izquierda de un mapa?

Porque también teníamos un mapa, y el abuelo me situaba en él dónde transcurría cada una de aquellas novelas.

—¿Lo ves? Ahí estaba el Krakatoa. Cuando reventó, más de media isla desapareció. El estallido de ese volcán se escuchó a cientos de kilómetros.

El mapa era tan pequeño que ni nosotros ni el río salíamos en él. Ni siquiera la ciudad. Solo nuestro país y la capital, en Sudamérica. El abuelo utilizaba una aguja para situar cada lugar y hacerme entender su entorno, las distancias.

—Imagínate que vas y vienes de la ciudad en el barco cincuenta veces.

Yo lo imaginaba, o lo intentaba.

—Pues esa sería la distancia desde aquí hasta aquí, ¿entiendes?

Y yo lo entendía, o lo intentaba.

En los mapas todo parecía muy cercano.

También me gustaba la historia.

—Saber de dónde vienes te prepara para ir a alguna parte —decía el abuelo.

Y me contaba cómo, apenas cinco siglos antes, la llegada de los españoles había cambiado todo el Nuevo Mundo, aunque solo fuera *nuevo* para los conquistadores, porque para los indígenas era el mismo de siempre, el viejo, el de su historia alterada.

Nosotros ahora éramos mestizos.

Extraña palabra.

Piel blanca, cabello negro, alma verde, sangre roja, rasgos heredados de nuestros ancestros, costumbres aprendidas de los dominadores.

Una nueva fe.

Los domingos y solo los domingos, por la noche, el abuelo me hacía rezar antes de acostarme, arrodillado frente a mi cama. Al comienzo era un ritual y poco más, pero un día, ya pensando por mi cuenta, recuerdo que le dije:

—Abuelo, pero si tú no crees en Dios.

Y él me respondió:

—No creo, Fabio, pero por si acaso.

Mi abuelo era genial. Un poco raro, pero genial.

Todo el mundo lo quería.

2

Mi lugar favorito, incluso desde antes de la muerte de papá, era la catarata.

Lo consideraba propio.

Por eso, que muriera allí, ahogado, a veces me parecía justo y a veces todo lo contrario, una burla del destino.

La catarata tenía unos quince metros de alto, unos treinta de largo, y caía recta sobre una especie de estanque circular, de color verde intenso, levantando una nube de espuma con un arco iris casi perenne. Los últimos doscientos metros de río previos al salto formaban una serie de rápidos largos, de aguas poco profundas. Por contra, después de la caída y tras superar el lago con su lecho aristado, la corriente se volvía salvaje y peligrosa, con el río tan profundo como altas y escarpadas eran las rocas que jalonaban los rápidos por los que se precipitaba otros cien metros.

Aquel día, papá pescaba en lo alto de la catarata, donde los peces solían arremolinarse. Había llovido en las montañas, mucho, y la subida inesperada de las aguas se lo llevó como a una hoja caída de un árbol.

Se despeñó envuelto en una gran ola y eso fue todo. Desapareció. Su cuerpo ya no regresó a la superficie.

Yo lo vi.

Yo estaba allí, con él.

Lo imaginaba en el mar, después de que el río lo condujera envuelto en sus aguas a lo largo de todo su recorrido. Pero a veces, las más, también pensaba que podía estar allí mismo, cerca, atrapado entre dos rocas del fondo, convertido en parte de los rápidos golpeados por las aguas.

Así que me gustaba sentarme frente a la catarata.

Su fragor era hermoso.

Su poder, increíble.

Y le hablaba al río como si le hablara a mi padre.

Unos meses después de la tragedia, desarbolada por el dolor, convirtiendo todo su amor en odio, mamá se había ido a la ciudad, para trabajar allí, incapaz de permanecer por más tiempo en el lugar en el que sus recuerdos permanecían tan vivos.

Y de eso hacía cinco años.

Yo era un niño, pero lo recuerdo muy bien. Por entonces estaba a punto de cumplir los ocho. Suficientes.

La última imagen de mamá aquel día estaba grabada al rojo en mi mente. Tan guapa, tanto..., en el puente del barco, agitando su mano mientras intentaba parecer fuerte y no llorar.

Porque mamá era la mujer más hermosa de Balandú.

Y seguro que era una de las mujeres más hermosas de la ciudad.

Cerré los ojos un momento, inspiré y los abrí de nuevo.

—He de irme, papá —me despedí del río, los rápidos y la catarata.

El camino de regreso podía hacerse siguiendo el curso de la corriente, más seguro pero más largo, y a través de la selva, más peligroso pero más corto. El único riesgo del río era que te sorprendiera una crecida inesperada, como la que se había llevado a papá, aunque en su caso lo grave fue que estuviera en lo alto de la catarata y se cayera por ella. En cambio, los riesgos de la selva eran peores. Las serpientes aparecían de tanto en tanto.

A mí me gustaba la selva.

Había muchas selvas, las africanas, las asiáticas, las amazónicas, y de todas ellas se hablaba en las novelas. Pero la mía, la nuestra, tan cerca del mar Caribe, era especial. Sin leones o tigres, panteras o hipopótamos. Solo árboles, vegetación, humedad...

Antes de llegar a casa, pasaba siempre por la de María Fernanda.

Casi nunca iba a la catarata con ella, y eso que éramos inseparables. Por un lado, su madre no la dejaba, y me reñía a mí como culpable directo si sabía que nos habíamos acercado siquiera a la mitad del camino y siguiendo el curso del río; no digamos ya por la selva. Por el otro, aquel sitio lo sentía como mío.

La tumba de papá.

Me pertenecía.

María Fernanda solía jugar en la parte de atrás de su casa, un patio sin valla junto a un grupo de árboles en cuyas ramas habíamos construido una vez una cabaña. Nos duró poco, apenas unos meses, pero fueron mara-

villosos. Era «nuestra casa». Fingíamos estar casados y tratábamos de mantener diálogos de marido y mujer, algo ciertamente extraordinario porque con mi padre muerto y mi madre en la ciudad, yo no sabía muy bien de qué hablaban los matrimonios. María Fernanda me decía que siempre lo hacían acerca de los hijos, el dinero que no tenían, lo que les faltaba, los sueños y la salud. La cabaña finalmente fue arrasada en la época de las lluvias y al año siguiente ya no volvimos a construirla. Pero con las maderas sí habíamos arreglado algo el cobertizo, y en un rincón hablábamos, jugábamos o leíamos.

Aquella tarde yo leía y ella escuchaba.

—... así lo espero, como espero igualmente que su potente artefacto haya vencido al mar en el más terrible de sus abismos, y que el *Nautilus* haya sobrevivido allí donde tantos navíos sucumbieron. Si así fuera, si el capitán Nemo sigue habitando el océano, su patria adoptiva, ¡quiera el cielo que se haya aplacado el odio en aquel corazón indómito y feroz! ¡Que la contemplación de tantas maravillas extinga sus ansias de venganza! Si su destino es extraño, es sublime a la vez. ¿Acaso no lo he apreciado por mí mismo? En resumen, a la pregunta formulada hace seis mil años por el *Eclesiastés*: «¿Quién ha logrado sondear nunca las profundidades del abismo?», tienen el derecho de contestar dos hombres entre todos: el capitán Nemo y yo.

—¿Cómo has dicho que se titula el libro? —suspiró cuando acabé de deslizar mis ojos por encima de aquellas últimas líneas, lo cerré y la miré a ella.

—*20 000 leguas de viaje submarino.*

—¿Qué es una legua?

—Supongo que una forma de medir una distancia, digo yo.

—¿Y a cuánto equivale?

Me dolía no tener respuestas, pero no quería engañarla.

Habíamos jurado no mentarnos nunca.

—No lo sé.

—¿Y ese escritor ya se imaginó los submarinos antes de que se inventara el primero?

—El submarino y otras muchas cosas. ¿Te acuerdas de aquel libro en el que los protagonistas daban la vuelta al mundo en ochenta días?

—Sí.

—Imagínate.

María Fernanda me observó con admiración.

—¿No te aburre leer?

—No.

—¿Qué harás cuando te lo hayas leído todo?

—Eso es imposible. Hay millones de libros, y cada día se escriben más.

—¿Recuerdas cuando me leías aquel tan bonito?

—Mi favorito: *Las mil y una noches*.

—Aquellos príncipes, y sus hermosas mujeres...

—suspiró María Fernanda.

—Cada vez me dejas que te lea menos, y a mí no me importa. Me gusta hacerlo.

—Lucinda me dijo que solo se les lee a las personas ciegas, enfermas, impedidas o muy ancianas.

—¿Y desde cuándo le haces caso a Lucinda? —me enfadé.

—Será la chica más guapa de por aquí —bajó los ojos.

—Eso no es verdad, pero aunque lo fuera, ¿qué tiene que ver una cosa con la otra?

—También es mi amiga —repuso.

Desde luego, María Fernanda estaba cambiando. O hablaba mucho o se quedaba callada, o respondía a todo o prefería encerrarse en un extraño mutismo. Creo que tenía que ver con el hecho de hacerse mujer. Le estaba saliendo pecho, y una vez al mes me decía que «estaba enferma» para justificar que no se bañara en el río o para que no quisiera correr, saltar o jugar. En esos días también le cambiaba el humor, y por lo general estaba triste.

A veces se encogía por el dolor, cuando creía que yo no la miraba.

Pero yo siempre lo hacía, aunque fuera de reojo.

María Fernanda no era muy alta, pero tenía un cabello precioso, largo hasta media espalda, unos labios muy bellos y unos ojos tan vivos que más que mirar atravesaban. Sus manos también eran muy bonitas. Y los pies. Estaba delgada como la rama seca de un árbol y eso no le gustaba nada. Pero por más que comía, no conseguía ganar peso, lo cual la hacía sentirse más pequeña de lo que en realidad era.

En el pueblo los niños y los jóvenes no éramos muchos. Y menos los que no teníamos hermanos, como ella y como yo. Había más ancianos que personas en edad de aumentar la población. La mayoría de los chicos y las chicas, cuando se hacían mayores, se iban para no volver. Muchas de las conversaciones

que manteníamos entre todos tenían que ver con eso. Y lo mismo cuando hablábamos María Fernanda y yo.

—La señora Eliana está embarazada.

—Eso no es noticia, siempre lo está.

—Pero se le murieron los dos últimos, y ella insiste.

—Tiene ya cinco, ¿qué más le da?

—Fabio, a veces eres cruel.

—Digo lo que pienso.

Se enfurruñaba un poco y al cabo de un rato:

—Nicanor va a marcharse.

—¿Cómo lo sabes?

—Su madre se lo contó a la mía.

—¿Adónde irá, a la ciudad?

—Claro.

La ciudad. Siempre ella.

Como mamá.

Siempre esperaba que volviera, y nunca lo hacía. Cada Navidad, cada verano, cada Navidad, cada verano. Nadie volvía nunca, ni quería venirse a Balandú. Nuestro cura se había muerto hacía ya siete meses, la iglesia estaba vacía, la parroquia cerrada, y desde la ciudad, el obispado o lo que fuera, no enviaban a nadie, como si no importáramos, ni nosotros ni nuestras almas. Lo más probable era que nadie quisiera el puesto. La maestra no se había muerto, pero sí se puso enferma; se la llevaron al hospital y, pese a que ya parecía estar bien, al menos según las últimas noticias, tampoco regresaba, y la escuela, lo mismo que la iglesia, se estaba convirtiendo en una tumba vacía, un panteón en el que día a día se enterraba un poco más nuestro orgullo.

El sur de Ninguna Parte también era Ninguna Parte.
El mundo debía de comenzar en la ciudad, tan lejos de nosotros.

Yo tenía al abuelo, él cuidaba de mí, me hacía leer y me daba clases, pero los demás niños y niñas carecían de mi suerte.

Bueno, para lo que iba a servirme ser más listo que ellos...

Porque yo no quería irme de Balandú.

Un día mamá volvería. Y un día quizás las aguas del río desvelaran el secreto de la muerte de mi padre.

Un día.

A mí me gustaba mi pueblo.